

La niña gaucha

A los tres años los padres le regalaron un cochecito rojo donde Albertina ponía un bebé que llevaba a pasear por la calle llena de orgullo. Una vez dio la vuelta manzana hacia el lado equivocado y su madre –que, según decían, no sólo era muy estricta por temperamento sino por la situación clandestina en la que vivían- la retó, y ese reto, que más que recuerdo es una sensación, por ser una de las pocas que atesora de su madre se convirtió en un tesoro. Los Reyes Magos del 76 les trajeron a las hermanas mayores libros y a Albertina un caballito de madera hecho con un palo de escoba y una rueda cuya modestia no desentonaba con el barrio obrero de Morón al que se habían mudado cuando vivían en la clandestinidad, a sólo dos cuadras de la calle de tierra que conducía a una villa y a las vías del tren.

A la mañana siguiente del secuestro de sus padres, alguien de la familia descubrió que Albertina estaba llena de piojos –cuya filiación fue atribuida por las tías de Barrio Norte a sus amigas de la villa- y la mandó a una peluquería donde le hicieron un corte de varón con un jopito para un costado, tan masculino que un día en que su abuela la llevó a un puesto de diarios a comprarse un gorro del Mundial el vendedor le dijo: “Éste es más lindo, es más de pibe”, y Albertina se ofendió muchísimo. Se llevó el otro sólo porque no le gustaba que la confundieran con un varón. Todavía no había cumplido cuatro.

En el periodo de transición posterior a la desaparición de sus padres, unos meses de incertidumbre en los que se mantuvo cierto contacto con ellos por medio de cartas, llamados telefónicos y visitas custodiadas por el Ejército, cuando toda la familia estaba vigilada y en un estado de permanente alerta a la espera de noticias, Albertina y sus hermanas se quedaron a vivir con sus abuelos Carri en un departamento muy grande de Barrio Norte, pero después del Año Nuevo del 78 se perdió el contacto. Roberto Carri, comandante primero de la estructura de Montoneros, y Ana María Caruso, comandante segundo, nunca aparecieron; la casa de Morón, que además funcionaba como imprenta clandestina, después del operativo del secuestro quedó ametrallada, saqueada y abandonada.

Ese verano las tres hermanas se fueron al campo a pasar las vacaciones con sus tíos Federico y María Elisa, que no tenían hijos, y a fines de febrero la hermana mayor, de catorce años, que tenía aversión al campo pero comprendía que ésa sería la mejor de las posibilidades para Albertina, le preguntó a la tía María Elisa si se podían quedar a vivir con ellos.

Dejar blanco simple

Ya era muy reata, pero la vida de campo la llevó a lo más salvaje. Como tenía tanta diferencia de edad con sus hermanas, estaba acostumbrada a jugar sola. Pronto convirtió el campo de su abuela en una topografía propia. En los árboles había situado varias naves espaciales cuyas cabinas y comandos estaban en las copas, adonde se trepaba para dirigir las luces raras, los ovnis y los extraterrestres que bajaban al anochecer. Algunos días jugaba sola durante muchas horas, sólo interrumpida por la campana de la tía María Elisa, que la llamaba desde el porche para merendar, pero otros, los preferidos, su tío Federico la despertaba a las cinco y media con un farol para desayunar junto al fuego de la cocina e irse al campo a hacer las faenas, contar las vacas, recorrer los potreros, arreglar los alambrados y luego volver para almorzar. Montaba a la Pioja, su poni, a cuyo mal carácter y caprichos sólo Albertina podía poner freno, a tal punto que cuando la Pioja se escapaba al medio del campo no se dejaba atrapar por nadie excepto por ella, la única además que se atrevía a meterle la mano en la boca para quitarle el pasto que se le solía acumular en la dentadura enferma. Cuando cumplió seis años ya andaba a caballo sola y anunció que la poni no le servía. Sus tíos le habían dicho, al comprarla, que la había pagado ella con sus ahorros, de modo que la vendió con desapego para comprarse una yegua baja.

Su territorio, que diseñaba con detalle y en el que construía unos emplazamientos a los que llamaba casas, se extendía desde los potreros hasta los caminos de tierra y desde allí hasta los montes, casi diez hectáreas que recorría con la yegua a galope sostenido. Armaba las casas entre dos o tres árboles, en los montes, como le había enseñado Federico, ensamblando palos y ramas ajustadamente para que fueran duraderas. Su hermana mayor también le había enseñado una técnica con cañas sujetadas por hilos, pero se las llevaba el viento; la ingeniería de Federico le aseguraba arquitecturas más sólidas. A los ocho o nueve años construía con tal habilidad que sus estructuras resultaban firmes como corrales. Una vez, en ese afán por construir llegó a emplazar una casa con palos en el monte del potrero más alejado del casco familiar, a dos kilómetros. Estaba tan bien construida que, al descubrirla, Federico la destruyó pensando que se trataba de un corral armado por unos cuatreros. Al día siguiente, de recorrida por el campo para inspeccionar sus obras, Albertina llegó a ese monte y encontró su ingeniería completamente desarmada, las ramas tiradas en la tierra, y se asustó muchísimo. Galopando a toda carrera volvió a la casa familiar para preguntarle a María Elisa quién podía haber entrado, porque no parecía obra de un animal. Esa misma noche, en la mesa, Federico le contó a María Elisa que creía que habían entrado cuatreros en el campo porque había descubierto un corral en el monte, cerca de la calle. ¡Los cuatreros podían robarle las vacas! Había tenido que destruirles el corral, dijo. Entonces María Elisa replicó:

-No, no son cuatreros; es la casa de Albertina.

Estaba orgullosa de haberles hecho creer que su construcción era un corral hecho por grandes. Y por haber engañado a Federico.

En los primeros tiempos en que su pelo aún no había crecido, con su boina, la bombacha de campo, una faja que le habían hecho a medida y las botas parecía un gauchito. Aunque era una niña masculina y lo que más disfrutaba era montar a su yegua y hasta jugar a la bolita, no le gustaba que le dijeran que era varonera. Había una nena en el pueblo que decía que quería ser un varón y a Albertina le parecía algo horroroso. Una vez la llevaron a jugar a su casa y ella le enseñó su placar secreto lleno de pelotas, camiones, armas, escopetas y rifles. Quedó turbada. Cuando Federico la fue a buscar, esa tarde, le dijo que no quería volver a jugar con ella.

A los ocho años, a causa de una hepatitis, tuvo que pasar treinta y seis días en la cama. Durante el día, para que no se aburriera, Federico la alzaba y la llevaba hasta el living, donde dibujaba y leía, ya que durante la enfermedad había empezado a leer sola. Cuando se recuperó, tenía prohibido comer fritos y salames, que le encantaban, pero un día en que fueron los padres de Federico de visita se comió un salmín entero y tuvo otra pataleta que la devolvió a la cama unos días más.

Todas las noches después de comer, su tío Federico la sentaba sobre su regazo, en la mecedora del living, y le contaba historias fabulosas que tenían que ver con el campo. Las tramas se situaban en la laguna o en el monte, y los personajes solían ser un león de fuerza ciclópea, un ternero de tres cabezas y una banda de extraterrestres, y también una niña que salvaba a todos y resultaba ser Albertina. Las narraciones eran muy fantásticas pero hacían referencia a algún hecho, personaje o escenario real: casitas construidas por ella, animales salvajes, naves espaciales, seres fantásticos, una luz mala que alguien vio una vez en el potrero, meteoritos que viajaban a millones de años luz y caían en el viejo ciruelo de la huerta. Federico operaba como un estímulo infernal. Le dibujaba con mucha gracia y pericia, en unos viejos cuadernos de contabilidad de gran tamaño, los personajes de los cuentos para que ella los coloreara. Se aficionó tanto al dibujo que María Elisa la mandó a tomar clases en el pueblo, y más adelante también tomó clases de guitarra, porque Federico solía tocar la guitarra, y ella quiso aprender. Cuando viajaban hasta el pueblo, a veces Federico la llevaba al banco para que Albertina agregara algunas monedas a su cuenta corriente. Cierta vez fue reprendida por sus hermanas después de haber querido firmar en su cuenta con el apellido de Federico, al que intentaba decirle Fe, como a María Elisa trataba de llamar Ma. Los había adoptado absolutamente pero a la vez tenía conciencia de que debía mantener el respeto hacia sus padres –cuya presencia estaba representada por sus hermanas-, y esa conjunción de afectos, en vez de causarle dilemas la animaba, pues la colocaba en el centro de la escena. Porque ella no era sólo la gran malcriada de sus tías Caruso de Buenos Aires, quienes la llevaban al cine y le compraban libros y golosinas, y por supuesto de Federico; era también la malcriada de sus hermanas y de María Elisa, quien la trataba muy amorosamente, le inventaba juegos y la dejaba ayudarla a hacer las tareas de la casa. Albertina adoraba doblar los pijamas de Federico y odiaba los camiones de María Elisa; ésta se ponía celosa y le decía: “A mí nunca me doblás el camisón”, pero a ella no le gustaba porque lo sentía al tacto como una baba y no lo podía doblar bien; en cambio, el de Federico, que era de algodón, quedaba impecablemente doblado. Albertina sentía que amaba a Federico, que María Elisa era encantadora y el campo un lugar maravilloso.

Dejar blanco simple

Para su cumpleaños María Elisa invitaba a sus pacientes de fonoaudiología, todos los nerds y freaks del pueblo de los que se decía que eran “lentos” o “atrasados”, un vecino con síndrome de Down, invitados estrambóticos y agradecidos que le regalaban cada año medias o bombachas con puntillas a las que ella intentaba, con la cara roja, ocultar de las miradas de sus compañeros de colegio. Pero eran fiestas divertidas, y la presencia de los pacientes de María Elisa no hacía sino revestir de más ternura los esfuerzos de su tía por integrarla a la vida pueblerina.

Algunas tardes la casa se conmovía por los gritos de las hermanas, que se peleaban entre ellas : “¡Te mato! ¡María Elisa, agarrame porque la voy a matar!”. Albertina iba y venía entre los dormitorios y la cocina, muy entretenida, llevando y trayendo mensajes belicosos o pacificadores. Al día siguiente se apuraba a levantarse para que le mostraran los moretones.

A menudo llegaba de visita un jornalero que trabajaba en una chacra vecina, un hombre huraño y taciturno que durante algunos años ofició de casero del campo y terminó suicidándose de un escopetazo al corazón. Mientras tomaba mate en la cocina Pichón solía relatar historias de extraterrestres que hacían estremecer de miedo a Albertina. Le contaba que por las noches desde la ventana de su excusado veía una nave espacial que proyectaba una luz plateada sobre el arroyo y otras historias de ovnis que aparecían en la laguna. Pichón la llamaba Lucifer, no se sabe si por los berrinches que le agarraban de vez en cuando, unos ataques rabiosos que la familia trataba de sofocar metiéndola debajo de la ducha fría del baño, o por la leyenda de la gata embarazada que ella ahogó, por celos, tiempo después de cumplir seis.

Los berrinches le venían cuando no la despertaban para acompañar a Federico al campo y sobre todo cuando la llevaban al jardín de infantes del pueblo, que le causaba terror. Amenazaba con tirarse del auto, cosa que una vez hizo, por lo que tenían que trabar las puertas y cuidar que no se arrojara al camino de tierra durante los doce kilómetros de viaje. Detestaba el preescolar porque sus compañeros, influidos por los rumores sobre la historia de sus padres que circulaban en el pueblo, durante el recreo de su primer día y después en todos los siguientes la rodearon e inquirieron: “¿Por qué no vivís con tus padres?”. Esa pregunta la llenaba de angustia no sólo porque ella misma creía confusamente que sus padres vivían en el exterior e irían a volver en algún momento, y lo siguió creyendo hasta los quince años, sino porque incluso para sus hermanas y los otros parientes el relato de sus padres desaparecidos era imposible de mencionar durante el gobierno militar.

Dejar blanco simple

No tenían luz eléctrica. Se iluminaban con faroles y velas hasta que, en el 79, el tío al que llamaban el Gordo, que era diplomático y vivía en Washington, trajo de Estados Unidos un grupo electrógeno que prendían a las siete y apagaban a las diez, antes de irse a dormir. Cuando sus hermanas iban a los bailes del colegio en el pueblo, se vestían en su cuarto iluminadas por un farol, pero llamaban a Albertina a la hora de verificar que las medias de nailon transparentes no estuvieran corridas. Albertina iba acercando con lentitud la vela hacia las piernas con los ojos fijos en la trama color carne para examinarlas mejor.

-¡Pará, correte que me vas a quemar!

Con el generador llegó un enorme televisor blanco y negro en el que, algunas noches, las hermanas mayores veían películas, pero Albertina no tenía permiso para mirarlas porque eran prohibidas para menores, aunque una noche creyó percibir, con el rabillo del ojo, la imagen de un hombre que comía por la oreja con un tenedor.

Antes de irse a dormir, llevaba a la cama de los tíos a su muñeco, un Pinocho de goma dura y amarrada de aspecto bastante siniestro al que idolatraba y cuyo bonete chupaba con tanta fruición que terminó por sacarle toda la pintura verde. El Pinocho había sido un regalo de sus tíos en el campo, porque no se había llevado ningún juguete de la casa de Morón. En la cama de María Elisa y Federico se quedaba escuchando cuentos y jugando hasta la hora de apagar el farol, momento en que Federico la llevaba en brazos al cuarto de las chicas. Allí le pedía a su hermana Paula que le contara unos cuentos espeluznantes de un libro que se llamaba Cuentos de América Latina para niños no tan niños. Los que más fascinación le inspiraban eran la historia de una niña que se ahogaba en el río, la de un niño que descubría la fecha de su muerte por medio de un pañuelo con sangre y la de un animal monstruoso en una almohada, que después descubrió que era El almohadón de plumas, de Horacio Quiroga. Su hermana mayor, Andrea, le recitaba versos de Federico García Lorca y a veces lloraba; Albertina también lloraba sin saber por qué lo hacía, aunque comprendía que los versos que aprendía de memoria eran tristes. Pero dormía feliz, con su camita entre las hermanas.

El cumpleaños número diez de Albertina coincidió con el comienzo de la universidad de sus hermanas, que habían terminado el colegio secundario en el pueblo. De sus padres no se había vuelto a tener noticias, pero la familia mantenía muy presente su pedido de no separar a las tres hermanas, de modo que les alquilaron un departamento en Buenos Aires e inscribieron a Albertina en el colegio Sagrado Corazón. Pese al estigma de la tragedia familiar, ella intentaba parecerse a las demás chicas y con ese ánimo –pero sobre todo hechizada por su maestra de catequesis, una joven dulce que sentía predilección por ella- pidió a la familia que le permitiera hacer la comunión.

Sus padrinos fueron los tíos María Elisa y Federico, quienes viajaron desde el campo orgullosos de haber sido los elegidos. Cuando vieron a su tío, que era muy alto, usaba barba y tenía una sonrisa irresistible, sus compañeras le dijeron: “Qué buen mozo es tu tío”. ¿Qué podía decirles ella? Adoraba a María Elisa, pero Federico era su gran amor.

El paso a la ciudad fue brutal para Albertina. El alejamiento de los tíos, el colegio de monjas, la ausencia de los ritmos y rutinas que regían la vida en el campo la convulsionaron en el momento en que su educación se había convertido en la principal causa de disputa entre sus dos hermanas. Andrea le compraba entradas para ver Bodas de sangre en el Teatro San Martín y le leía a Antonio Machado; Paula la llevaba a los cines de arte y la instaba a leer La montaña mágica de Thomas Mann. Las adolescentes le transmitían, de modo anómalo y pasional, una información extraordinaria que mezclaba J. D. Salinger, Juan José Hernández, Calderón de la Barca, Silvio Rodríguez, El Dorado y la música punk. Cuando terminó séptimo grado, las peleas entre las hermanas, sin la intermediación de ningún adulto, se hicieron cada vez más violentas. Y entonces, increíblemente, una noche lluviosa recibieron la noticia de la muerte de Federico.

Dejar espacio doble

Federico había tenido su primer ataque de asma a los treinta y nueve años, en el pueblo, y murió dos meses después, internado en una clínica de Buenos Aires. La familia encontró su muerte inexplicable y la atribuyó a la deficiente atención médica recibida en el momento del ataque. María Elisa se recluyó en casa de la abuela Carri, derribada por la tristeza. Para Albertina fue la debacle. Esta muerte pareció traer consigo, arrastrándolas, las otras muertes, y tuvo un efecto aniquilador: empezó a fumar, a maquillarse, a salir con chicas y chicos sin control ni horarios, a resistirse a los modos de convivencia que le proponían sus hermanas. Cuando dejó de ir al colegio, la familia decidió intervenir.

Los abuelos y los tíos celebraron un Consejo, y decidieron que Albertina debía ir a vivir al mando de una pariente conocida por su “mano dura”, una especie de tía casada con un primo segundo de su abuela Carri, que tenía una casa de campo en las cercanías de Coronel Pringles. La abuela acordó enviar una mensualidad y a todos les pareció que se trataba de la familia ideal para ella, que el ambiente del campo sería más aireado que el de la ciudad, que, en lo esencial, ella necesitaba una disciplina estricta. La primera regla que estableció la tía fue la prohibición de ver a sus hermanas, porque, adujo, su compañía le hacía daño. Albertina quedó sola, a merced de su tía

y de su prima, un año mayor, que le tenía rabia desde niña y la hacía caer en trampas para lograr que su madre la castigara, circunstancia que sucedía metódicamente.

La tía mantenía bajo su estricto cuidado la organización de la casa, que era muy grande y tenía además quincho, pileta y cancha de juegos. Cada niño tenía un día asignado para las tareas domésticas: Albertina, lunes y viernes; martes y jueves, el hermano mellizo de su prima; miércoles y sábados, su prima. El varón era su aliado, compañero de juegos y de castigos. A veces jugaban con una pelota de tenis en el cuarto y marcaban las paredes, travesura castigada con el encierro desde las dos de la tarde hasta las siete en el desván, que, según contaba un peón, estaba invadido por ratas. Les solía abrir la puerta su tío, cuando llegaba por la tarde. El primer año en Coronel Pringles, Albertina se perdió el carnaval en el pueblo porque estuvo en penitencia, recluida en la casa sin poder salir, durante todo el mes de febrero. Ese mismo año se le superpuso otra sanción: limpiar el patio todas las mañanas a las siete, junto a su prima –que también estaba castigada- antes de que la tía se levantara a tomar su café, a las nueve. Al anunciarles la penitencia, la tía puntualizó que las castigaba juntas para que la tarea les resultara más dura. Pero esta unión las obligó a hacer una tregua, en la que acordaron baldear un día cada una.

Después de cumplir trece años le llegó su primer periodo. Ese mismo día se lo contó a su tía.

-Uy, qué cagada –respondió ella.

Sus menstruaciones eran muy abundantes y con frecuencia manchaban la cama. La primera vez que le sucedió su tía se llevó al jardín el colchón manchado y le dijo delante de los amigos de su primo, a quienes veía todos los días en el colegio:

-Acá está tu chiste. –Y le señaló la mancha mientras llevaba el colchón hacia el galpón. Después de esa vez, cada mañana que aparecía el colchón manchado recibía una reprimenda.

En la infancia tenía el pelo lacio, con unos suaves bucles en las puntas, pero en los meses posteriores a su primer periodo se le enruló hasta la raíz. Su pelo la desconcertaba y trataba de peinarlo, pero le resultaba una tarea imposible. Estaba en un estado de extrema vulnerabilidad a causa de la muerte de Federico y de la dolorosa añoranza por sus hermanas, a quienes, por fortuna, había podido llamar por teléfono a escondidas, desde el pueblo, dos veces ese año. Ellas le escribían todas las semanas y le enviaban libros que muchas veces no lograban sortear la censura de la tía. Los capitanes de la arena, de Jorge Amado, un volumen que Andrea adoraba, había ido a parar al fuego de la basura atrás del gallinero, y dos libros de autores cubanos que Paula le envió y que habían pertenecido a su madre corrieron igual suerte. Pero atesoraba dos amigas que la adoraban; practicaba hockey, tenis y natación; le gustaban las películas que a veces proyectaban en el pueblo; en el verano venían al campo sus otros primos, que eran sus cómplices contra su enemiga; conservaba el ánimo: no se iba a doblegar.

Antes de que llegara el verano, María Elisa, que había entrado en una depresión muy profunda, pidió a los familiares de Coronel Pringles que dejaran a Albertina volver a vivir con ella.

Pero la tía “mano dura” se negó porque su hijo le había rogado que se quedara con ellos. Quería evitarle el sufrimiento de la separación, dijo.

No se lo pudo evitar, de todas maneras. En diciembre, durante su segundo año allí, su prima la delató ante su tía. Dijo que Albertina se había encontrado en la puerta del colegio con un chico, a quien le prohibían ver porque era dos años mayor. Esa noche, después de la cena en el quincho, le comunicaron que tenían que hablar con ella a solas. Los chicos se retiraron a la casa, aunque durante el verano los niños no tenían permitido usar las instalaciones de la casa para no ensuciarla con la tierra del jardín o el agua de la pileta. Cuando su tía la retó Albertina le juró por sus padres que su prima estaba mintiendo.

-No jures por los muertos –le contestó ella.

-Lavate la boca antes de nombrar a mis padres –contestó Albertina.

La mujer se paró y le dijo:

-Tendría que darte la vuelta de un cachetazo.

-Pegame –le dijo ella, mientras la miraba con fijeza.

Su tía la tomó del pelo con una mano, se sacó el zapato con la otra y le empezó a dar una paliza mientras dos de los perros ladraban excitados. Voy a aguantar, pensó Albertina. De improviso su tío, que se había mantenido alejado, sujetó a los perros de sus collares como para impedir que avanzaran, pero ellos continuaron ladrando mientras él seguía la escena sin soltarlos. Al cabo de un rato la paliza cesó y Albertina corrió a su cuarto decidida a escaparse. Su prima tenía la luz apagada, pero ella sabía que estaba despierta. Juntó su ropa y la apiló bajo la cama.

A la mañana siguiente, a las siete ya había luz. Estaba tratando de meter la ropa en su mochila cuando se abrió la puerta y su tío asomó la cabeza.

-Te vas a pasar las fiestas a Buenos Aires –le dijo. La llevó en su auto a la terminal de ómnibus, unos diez minutos de viaje en los que ninguno de los dos habló. El silencio se rompió a la hora de entregarle el pasaje. Al sentarse en su asiento junto a la ventanilla, cuando el transporte arrancó, Albertina sintió que una corriente de libertad atravesaba el aire.

En Retiro la esperaba María Elisa, que al verla bajar del ómnibus con los ojos hinchados y su mochilita cargada al hombro se puso a llorar. Muchas veces, durante los encierros en el desván, quedaba con la mirada fija en las ranuras de luz que se escapaban por las hendidias de la puerta e imaginaba la escena en la que les contaría a sus hermanas y a María Elisa los malos tratos que su tía le infligía, y en esas fantasías sus hermanas se indignaban y María Elisa la abrazaba con desesperación. Pero no sintió aquel dolor dulce cuando se reencontró con ellas y les contó sus desventuras en Coronel Pringles. A todos les costaba creerle no sólo por su fama de rebelde, acrecentada desde que había empezado a fumar y a desafiar las reglas de los adultos, sino porque además su temperamento ansioso y sus rasgos de originalidad les recordaban al otro personaje de

la familia que se había destacado por su rebeldía y su genialidad: su padre. Sus hermanas, aunque se enfrentaron de muchas formas a la familia, eran a la vez excelentes estudiantes, habían sido abanderadas en el colegio y en ese momento alcanzaban los mejores promedios en la universidad. Albertina, por su parte, nunca llegó a abandonar el colegio y, excepto en los días que siguieron a la muerte de Federico, ni siquiera se hacía la rabona, porque la escuela conservaba para ella un halo sagrado relacionado con sus padres. De todas maneras, su singularidad desconcertaba a todos.

No volvió a la casa de Coronel Pringles, aunque el dominio de su tía se extendió por un tiempo más. En enero la mandaron en penitencia al campo de 25 de Mayo junto a María Elisa, con la prohibición de recibir visitas o ir al pueblo. La misma tía de Coronel Pringles habló con las madres de sus dos mejores amigas para prevenir las y asegurarse de que no viajarían a visitarla. El mes de enero transcurrió tedioso y en paz; en febrero le avisaron que debía volver a Buenos Aires para cumplir con el segundo mes de penitencia y, entretanto, asistir a unas reuniones de terapia familiar con sus parientes de Coronel Pringles. Las sesiones, a las que Albertina iba de lunes a viernes caminando desde el departamento de su abuela Carri adonde se había mudado con María Elisa, algunos días llegaban a durar siete horas, porque además de sus entrevistas individuales con el psicoanalista compartía otras con cada uno de sus primos, con sus tíos o con toda la familia.

El primer día de marzo su tío llegó al departamento de la abuela con dos valijas que vació sobre su cama. Allí quedaron un montón de ropa, zapatillas, dos mallas, cuadernos, el Pinocho, algunos libros. No le habían llevado El tesoro de la juventud, que había pertenecido a su padre, ni la bicicleta de Federico, que ella consideraba su herencia y que reclamó en vano. Se había decidido que Albertina no volvería a Coronel Pringles.

Las clases estaban por comenzar y María Elisa sugirió inscribirla otra vez en el Sagrado.

-Si me mandan ahí, me hago echar –dijo Albertina, y con esta sencilla frase volvió a evocar ante su familia el fantasma que asolaba a sus abuelos Carri: en cada cena de Navidad, sus tíos contaban que veinte días antes de terminar quinto año en el Lasalle, que era el colegio prestigioso que sus padres habían elegido, su hermano Roberto había logrado que lo echaran para terminar el bachillerato con un título de última categoría.

De modo que la mandaron al Cangallo, un colegio laico, mientras seguía viviendo con María Elisa y su abuela Carri, pero después de una pelea se mudó a un departamento de su abuela Caruso, que estaba desocupado. Tenía dieciséis años. Su mejor amiga se llamaba Jorgelina, en el colegio se sentaba en el banco junto al suyo y en las horas libres se escribían cartas que decían “te amo”, “te querré hasta la muerte”. Al pasar a cuarto año su abuela Caruso la acusó de haber hecho una fiesta en el departamento, pero no era cierto y Albertina se sintió expulsada por toda la familia. Decidió irse a vivir a una pensión. En ese momento se encontró con una amiga de sus padres, la socióloga Alcira Argumedo, quien le ofreció asilo en su casa: un dormitorio independiente, baño propio y la libertad que tanto ansiaba. Entre los diecisiete y los diecinueve, mientras terminaba el colegio y comenzaba el ingreso a la carrera de Letras transcurrió una temporada más apacible en la que mantenía largas conversaciones con Alcira. La noche en que apareció en la cocina con la cabeza rapada la amiga de su madre se rio:

-¡No te puedo creer!, ¡qué hiciste, Albertina!

Alcira la comprendía. En una de esas charlas en el living, escuchando música y fumando cigarrillos rubios, le contó que se había enamorado de una chica. Hasta entonces había tenido varios novios y muchas amigas, pero siempre le molestaba la actitud de las chicas adolescentes que caminaban tomadas de la mano, que se tocaban y besaban, y cuando una de sus compañeras de facultad quiso tomar su brazo mientras caminaba abrazada a su novio se sintió incómoda y la rechazó. Algo le decía que esos roces no eran tan inocentes.

Dejar blanco simple

El Gordo, el tío diplomático, quien les traía regalos sensacionales de sus viajes, como una cámara de fotos para Andrea o una radio para Paula, y les había comprado un caballo para las tres cuando se fueron a vivir al campo y pasajes a París a cada una cuando terminaron el bachillerato, desde Francia anunció que mandaría una mensualidad para Albertina y pondría un departamento a su nombre. Estableció dos condiciones: que terminara el secundario y que fuera al analista. Terminó el colegio, pero el analista la aburría, así que en las cartas le mentía como para no decepcionarlo y seguir cobrando su mensualidad. El Gordo, que compartía los criterios de educación de influencia germana de su madre y quería inculcarles la idea del trabajo y el esfuerzo personal, le aclaró que no se trataba de un regalo sino de un préstamo que ella debería devolverle cuando alcanzara la mayoría de edad, como hacían sus hermanas. Porque a su vez les había comprado un departamento a cada una, por el que ellas todos los meses depositaban en la sucursal argentina de su banco una cantidad de dinero en concepto de alquiler.

Ya instalada en su departamento, dejó la carrera de Letras y empezó a estudiar cine en la Fundación Universidad del Cine, porque su nuevo trabajo como asistente de cámara en las películas del Chango Monti la apasionaba. Se enamoró de una chica

que no le correspondió, pero su novia se encaprichó con Albertina y la sedujo una noche después de un día entero de filmación, en Bunker. Allí conoció el mundo lésbico, en el que tuvo un éxito inesperado. Las chicas la rozaban al bailar; una muy joven se acercó bailando, con los ojos fijos en los suyos, y la besó; otra, vestida con una minifalda a cuadros se le cayó encima; se dejó llevar a su casa por la novia de su amiga, que le hizo el amor como si se tratara de una demostración práctica de destrezas sexuales en distintas locaciones: la alfombra, el sillón, el pasillo, el baño, la cocina, y después se fue sin darle un abrazo ni un beso. Albertina había aprendido una excelente lección sobre orgasmos de manos de una experta, pero su frialdad la dejó desolada, entristecida y con la impresión de que la habían estafado.

Empezó a trabajar en cine cada vez más. Era la tercera mujer cámara de todo el país, trabajaba casi sin descanso entre una película y otra, muy contaminada por la atmósfera frenética y excitante de la vida de filmación. Ganaba mucho dinero, pero estaba agotada y desorientada:

había terminado la carrera; no sabía si le gustaban las mujeres o los hombres; tomaba cocaína en exceso; la esposa del director de la última película en la que había trabajado la acusaba de ser la amante de su esposo; su vida necesitaba un cambio. El Gordo todavía no había cumplido con su promesa de invitarla a París, de modo que le anunció que viajaría a verlo.

Vivió con el Gordo durante un mes, y cuando llegó a visitarla una compañera de la facultad el tío alquiló un departamento para las dos. En París se hizo amiga de una pareja de directores de cine cuya relación de pareja abierta y libre se le ofreció como un tipo de familia desafectado y confortable. Con ellos percibió el amor como un espacio lleno de posibilidades y libertad de elección. No tenía que definirse heterosexual u homosexual: la bisexualidad de Lucille era una prueba. Albertina estaba experimentando un París oculto e intenso. En una de esas reuniones parisinas en Le Marais, en un cuarto iluminado con velas y bajo el influjo de la música de Ryuichi Sakamoto se enamoró de un chico noruego.

Se casaron un mes después, en Buenos Aires. Las fotos del casamiento la muestran todavía rapada, extremadamente delgada y muy bella entre gasas blancas. Per, el novio, también aparece muy lánguido, con un brillo enfermizo en sus ojos azules resaltados por la tez muy blanca y el pelo negro. Era músico y escribía para una revista especializada de París. La familia estaba satisfecha, porque parecía que por fin Albertina se había encarrilado.

El matrimonio duró seis meses. Albertina había vuelto a trabajar en cine durante muchas horas y Per, que se quedaba en casa toda la noche componiendo, tenía ataques de furia celosa que lo impulsaron, más de una vez, a golpearse los puños contra las paredes. Una de esas madrugadas Albertina lo llevó al hospital y le enyesaron las dos manos.

En los primeros tiempos del matrimonio quiso recuperar sus pertenencias que habían quedado en Coronel Pringles. Llamó por teléfono pero su tía no la quiso atender, incluso fue a la casa sin que la dejaran entrar. Entonces les mandó una carta-documento en la que les reclamaba los tomos de El tesoro de la juventud y le avisó a su tío, al que encontró un día en casa de su abuela, que iba a mandar un flete para retirarlos. “Tu tía dijo que te va a quemar las cosas si mandás un flete”, le dijo él.

-Si quema un libro de mi padre, le quemo la casa –le respondió Albertina. Además de la enciclopedia y la bicicleta, en Coronel Pringles habían quedado más libros, ropa, casetes, cartas, cajitas y dibujos que le habían hecho sus amigas, más todas las pequeñas cosas que en los tres años en que había vivido allí fue juntando y guardando en sus cajones. Ésa es mi fortuna, si me la arrebatan estoy perdida, pensaba, y mandó el flete. Sólo recuperó El tesoro de la juventud. Por entonces murió el Gordo, “de leucemia, la manera elegante de llamar a ciertas enfermedades”, como dijo la abuela. Le confesó a la familia sólo cuatro meses antes que se estaba muriendo a causa del vih. Albertina no llegó a devolverle nada, porque aún no había cumplido los veintiuno.

Dejar blanco simple

Una mañana despertó con una clara premonición.

-Estoy embarazada –le dijo a Per. Tres días después, al confirmarlo, decidió hacer un aborto. “No quiero tener esto en el cuerpo”, le dijo. En la discusión terminó 1996 destrozado Beauty, de Sakamoto, el disco que escuchaban juntos con devoción. Albertina no quiso tirar los trozos de plástico del casete. Una de esas noches él rompió los vidrios de la casa con los yesos; sus manos estaban protegidas, pero los vidrios se le incrustaron en los brazos y en la cara. Por la mañana Albertina se fue de viaje para continuar con su trabajo de ayudante de dirección en el rodaje de Silvia Prieto, en el que estaba sumergida desde hacía varios meses. Al regresar encontró, intactos, la sangre y los vidrios que había dejado dos días atrás. Decidió marcharse.

Se fue con un bolso y con el Negro, el perro que habían criado juntos, a casa de su amiga Violeta, ya que su departamento de soltera estaba alquilado a los proveedores de cocaína de Per, quienes le pagaban con mercadería y se resistían a dejarlo aduciendo que habían adelantado varios meses de alquiler. Per había negociado con ellos que le entregarían treinta gramos por mes, pero los procedimientos de suministro de la mercadería eran tan anárquicos que era imposible llevar algún tipo de control.

Una semana después de la separación, durante una noche en que Violeta le dijo a su novio que se iría a dormir temprano porque tenía que estudiar, Albertina puso 1996 de Sakamoto y lo escucharon con el volumen altísimo, tiradas sobre un puf rojo en el que, cuando llegaron al tema número seis, hicieron el amor. Casi todas las noches Per le llevaba un ramo enorme de flores, pero al notar que estaba drogado y además borracho ella no lo dejaba entrar, aunque aceptaba los ramos para evitar su melancólica insistencia. Violeta le tenía pavor desde que él descubrió que eran amantes y le juró que la iba a matar.

Cuando se desocupó su departamento, Albertina se mudó y a partir de entonces comenzó una fase de salidas con chicas y chicos durante la que no cortó su relación con Violeta a la vez que procuraba apaciguar a Per, quien después de varios meses de obstinación regresó a París, donde lo esperaban los músicos de su banda.

Dejar blanco simple

Ese invierno conoció a Cecilia, una sonidista de aspecto desmañado y varonil cuyos rasgos poco sociales le resultaban simpáticos. Aunque su amor por ella era bajo en intensidad, Cecilia le brindaba el refugio que necesitaba. En su bolso llevaba un casete nuevo de Beauty, los añicos del viejo y todos los de Nick Cave. La decisión de irse a vivir con Cecilia y presentarla a su familia fue

un gesto muy contundente, porque si bien, hasta con sus hermanas, siempre había preservado su intimidad, el aspecto rotundamente lésbico de su novia simbolizaba una virtual salida del armario.

Cecilia compró un viejo caserón en Colegiales y ella, que había cobrado la indemnización doble que el Estado argentino le pagó por la desaparición de sus padres, aportó el dinero necesario para hacer una gran remodelación. Cuando la obra estaba a punto de terminar, y luego de una discusión feroz en la cual el disco nuevo de Beauty volvió a romperse, Albertina anunció que se mudaría. Al pedirle ayuda a Olga, la chica que limpiaba la casa, ésta le preguntó:

-¿Qué pasa, Alber? ¿Se van a separar?

-Sí.

Olga le tomó la mano y se puso a llorar:

-¡Pero cómo, si estábamos tan acostumbradas las tres!

Una compañera del equipo de filmación le ofreció prestarle su departamento mientras estaba de viaje, y, de paso, le pidió que cuidara a su perra embarazada, a la que había cruzado con el Negro.

Con la soltería otra vez volvió el desenfreno post separación, pero también el aturdimiento y la falta de hogar. Por un año vivió en alojamientos prestados sin vaciar las cajas con sus libros y su ropa. Era la época de la filmación de Los rubios, para la cual consiguió que Sakamoto le cediera el tema Amore, el número seis de su disco amado.

Una tarde fue a visitar a los cachorros. Todos tenían dueños asignados excepto Favorita, la más peluda, a quien su amiga había elegido para adoptar. Su aspecto confirmaba vívidamente una sospecha que Albertina había albergado mientras vivió en el departamento: la perra había copulado, durante el mismo periodo en que se cruzó con el Negro, con el perro callejero del portero del edificio.

Tres meses más tarde su amiga, la dueña de las perras, le pidió que se hiciera cargo de Favorita, porque su perra no se adaptaba a la cachorra. No le gustaba, nunca le habían resultado simpáticos los perros de pelo duro y, por añadidura, le recordaba al perro del portero, pero se la quedó. Favorita, sola en el departamento con el Negro, le destrozó sus zapatillas predilectas y otras negras que quería muchísimo y una alfombra que le había regalado su tía María Elisa, además de ensuciarle todos los días el living y la cocina con excrementos y orina. El aspecto de Favorita era semejante al del héroe de La dama y el vagabundo aunque más menudo: pelo duro y rubio, ensortijado en las puntas y con una raíz negra incomprensible.

En el baño de Fernandeces, el restaurante de un amigo artista del barrio del Abasto, era muy popular entre las mozas, unas chicas atrevidas que muchas veces se acercaban a besarla o la seguían al baño. Ya le había sucedido que las chicas la siguieran en los baños de los sets; durante la filmación de De eso no se habla, de María Luisa Bemberg, la habían atrapado en el baño de una

iglesia custodiada por dos policías y le había resultado muy emocionante. Todavía mantenía, con intermitencias, un romance con una actriz de una de las películas en las que había trabajado como técnica, con quien siguió besándose en los pasillos de las fiestas o en los baños de los bares durante bastante tiempo. Durante todos esos años sólo salió con chicas, no tanto porque le atrajeran más que los varones sino porque además le producían una profunda inquietud, la enamoraban.

En un cumpleaños de su abuela presentó a Juli, su nueva novia. “Ay, ¡qué gran cambio hiciste!”, le susurraron sus tías Caruso. Juli era más femenina; con Cecilia había sido imposible presumir que se trataba de una amiga.

Juli fue una gran compañera durante la filmación de Los rubios, y también la inspiración para escribir Géminis, su película sobre el incesto entre hermanos, porque tenía una hermana melliza, un parentesco que a Albertina le fascinaba y del cual fue víctima, porque cuando se separó de Juli la hermana melliza le dio una paliza fenomenal. Pese a que Juli colaboró en la filmación de Los rubios, no terminaba de sentirse integrada a ese grupo hermético que formaban la actriz y los técnicos instalados en la casa de Albertina, con quien mantenían una relación endógama y promiscua que la expulsaba.

Por fin, con el dinero que Cecilia le había devuelto, se compró una casa en la avenida Córdoba, un barrio lleno de bares, discotecas y whiskerías. Fue una época de alto grado de fobia, en la que no toleraba que las chicas entraran a su casa nueva, por lo cual las invitaba a hoteles por hora y hasta a hoteles convencionales donde pasaban toda la noche. Se había comprado un auto de segunda mano en el que descubrió que sus paseos por el pueblo no le habían enseñado a manejar en una ciudad, aunque sus vidrios polarizados eran de gran utilidad para disimular el género de sus novias al entrar a los hoteles-alojamiento.

La época posterior al estreno de Los rubios, la película sobre la desaparición de sus padres, fue oscuro y enloquecedor. Mientras la filmaba con su grupo de amigos no creía que la película fuera a alcanzar la repercusión que tuvo: de golpe se encontró en la tapa de los diarios expuesta como hija de desaparecidos y sintió la necesidad de encerrarse en su casa. “Me bajó la nave espacial”, le decía a Juli, y recordaba su vida llena de muertes.

La separación de Juli fue tormentosa. Albertina tuvo que irse del departamento porque ella se negaba a abandonarlo, y cuando volvió cambió la cerradura, desconectó el teléfono y llegó a cortar la luz para que el timbre dejara de sonar. Su mayor diversión era ir a cabarés con sus amigos varones. Había decidido no tener más parejas pero, a la vez que mantenía una troupe de novias que la obligaba a esconderse de una para encontrarse con la otra, se enamoró de una modelo publicitaria que estaba casada y tenía dos hijos. “Me enamoré del sufrimiento”, escribió en el diario de filmación de Géminis, y esto significó doce horas diarias de trabajo en la preparación de la película, píldoras antidepresivas y decenas de tubos de rollos de fotografía llenos de cocaína. Estaba conociendo el fondo de los fondos. Entonces, desoyendo las profecías de etólogos y veterinarios sobre el comportamiento de las razas de canes asesinos, se compró un cachorro de mastín napolitano.

Albertina Carri se consagró como figura esencial del Nuevo Cine Argentino como directora y guionista de las películas *No quiero volver a casa*, *Los rubios*, *Géminis* y *La Rabia*, además de los cortos de animación *Aurora* y *Barbie también puede estar triste*, que fue censurado, y de varios telefilmes. Sus películas y cortos fueron premiados en festivales de cine en Buenos Aires, Nueva York, Róterdam, Londres, Viena, Barcelona, La Habana y Pensilvania.